



Reflexiones sobre el mundo post-pandemia y post-invasión de Ucrania¹

Arturo C. Porzecanski

Agradezco mucho que se me haya permitido incorporarme a esta Academia y presentarme a todos Uds. a través de esta disertación. Como yo he pasado toda mi vida adulta fuera del país, y por ende casi ninguno de Uds. conoce mi historia personal, les cuento que, en 1968, apenas terminé Preparatorios y cuando acababa de cumplir 19 años, me fui sólo a los Estados Unidos, adonde me habían aceptado en una universidad en Los Ángeles, California – pero no tenía ningún pariente o amigo esperándome.

Y lo hice para poder estudiar Economía y luego volver al país, y no con el propósito ulterior de inmigrar a los Estados Unidos. Como los más veteranos de la audiencia recordarán, en aquella época uno tenía que hacer primero la carrera de Contador Público en la Udelar antes de poder hacer lo que se ofrecía como un postgrado en Economía – y ese postgrado tenía mucho contenido ideológico. Además, la aceleración de la inflación durante la década 1960, de una tasa de un dígito anual al principio hasta llegar a tres dígitos para cuando me fui, hacía imposible planificar cuánto tiempo consumiría obtener cualquier título – porque la Udelar estaba plagada de huelgas relacionadas mayormente con el atraso de los salarios de profesores y administrativos.

Yo era demasiado impaciente como para esperar cuatro o más años para ponerme a estudiar Economía, y así encontrar respuestas a mis muchas inquietudes sobre cuestiones económicas – tal como la inflación. Y pese a no tener los recursos para “bancarme” una educación superior en los Estados Unidos, una vez aceptado, me fui dispuesto a volver si es que fracasaba en mis estudios, o en encontrar modos para cubrir mis costos de vida y matriculación. Afortunadamente, me adapté rápido a las grandes diferencias que había en los métodos educacionales, y en poco tiempo descubrí y aproveché las numerosas oportunidades, de becas y trabajo, que las universidades en Estados Unidos ofrecen, las cuales me permitieron continuar adelante con mis estudios.

Hice toda la carrera universitaria de economista en tiempo récord – tan solo 7 años y medio para obtener la licenciatura, la maestría, y el doctorado, este último en 1975.

¹ 19 de mayo de 2022. El Dr. Porzecanski es Economista e Investigador del Centro de Estudios Latinoamericanos de la American University y del Woodrow Wilson International Center for Scholars, Washington DC.

Estuve dispuesto a volver al Uruguay en los años siguientes, pero cuando me informé, me dijeron que como la Udelar tenía el monopolio de la educación superior, yo no podía volver al país y venderme como “Economista” – ni siquiera poner las letras “P-H-D” en mis tarjetas de visita – pese a yo haber sido el primer uruguayo que completó el riguroso doctorado en Economía que en aquella época distinguía a la carrera hecha en los Estados Unidos de los otros países.

Como comprenderán, esa triste realidad me impidió volver para lanzar una carrera profesional en el Uruguay, y esa mala experiencia me confirmó algo que me habían enseñado – y es que “no hay peor monopolio que un monopolio en manos del Estado”. Para cuando se reformó la enseñanza superior y la Udelar fue por fin autorizada para revalidar, o por lo menos reconocer, títulos académicos obtenidos en el exterior, yo ya estaba casado con una colega economista, éramos padres de dos hijos, habíamos construido un nido en Manhattan, y ambos hacíamos carreras interesantísimas, como asesores económicos en dos de los más importantes bancos de los Estados Unidos – en mi caso, en la entonces Banca Morgan.

El mundo post-pandemia: Aquí tengo que aclarar el título porque la verdad es que la pandemia Covid no terminó, los países están en diversas etapas de su trayectoria, y el fenómeno en sí está en constante evolución. En promedio en el mundo, dos tercios de la población ha recibido por lo menos una dosis de vacuna contra el Covid, pero hay una tremenda dispersión. En los países de menores ingresos, concentrados en África, el promedio es 15%, mientras que los de alto ingreso, están por encima del 80%. Además, los distintos regímenes de prevención de contagios, y la presencia de variantes, afectan mucho los resultados.

Por ejemplo, en los últimos días los contagios en Taiwán están en su pico histórico – la media más alta jamás reportada – porque la pandemia les está impactando recién ahora. Y eso es así porque ellos siguieron una política de tolerancia cero, la misma que en la China Comunista, pero hace poco la abandonaron, porque resultó muy costosa e impopular. Además, les interesa distinguirse del desastre económico y social que un estrictísimo confinamiento de más de seis semanas generó en Shanghái, afectando sus 26 millones de habitantes.

Japón, por su parte, está reportando menores nuevos contagios, equivalentes a 39% de su pico a principios de febrero, de manera que su peor momento pandémico ya pasó. Mientras tanto, los contagios por Covid en Estados Unidos están volviendo a subir por cuarta vez en dos años, aunque de un nivel muy bajo, con los casos reportados representando un 12% del pico observado a mediados de enero. Sin embargo, los datos

están subestimados, porque los resultados positivos de pruebas hechas en casa generalmente no se reportan a las autoridades.

La pandemia tampoco terminó porque, como mencioné, está en constante evolución, ya que los virus tienden a mutar, con 5 variantes del Covid-19 más las nuevas subvariantes de la versión ómicron. Lo que hemos aprendido es, primero, que la variante ómicron es de lejos la más contagiosa de todas – y esto es algo preocupante, porque implica que el mundo está más vulnerable al Covid-19 ahora que lo estaba hace un año. Segundo, también estamos más vulnerables ahora porque estamos empezando a registrar casos de segunda y tercera reinfección en las mismas personas. Esto sugiere que la versión ómicron, en particular, ha acortado los períodos de inmunidad que las vacunas y las infecciones de variantes previas proporcionaban hace un año. Por ende, la llamada inmunidad de rebaño, que a esta altura ya muchas sociedades tendrían que haber adquirido, resultó ser inalcanzable en la práctica, porque el virus Covid versión 2022 es distinto del Covid versión 2020.

Aclaro que obviamente estamos mucho mejor que hace dos años atrás, cuando no había las vacunas contra el Covid que aparecieron el año pasado – ni que hablar de las píldoras antivirales último modelo, que fueron aprobadas recientemente en Estados Unidos y Europa. Además, los médicos han aprendido mucho sobre cómo tratar los infectados más graves, y los hospitales no están desbordados como lo estaban al principio de la pandemia. Pero no cabe duda de que la familia de virus tipo Covid se va a seguir transformando, y por ende va a tener que ser combatido con nuevas versiones de las vacunas, y nuevas versiones también de los medicamentos antivirales.

En el mejor de los casos, el Covid va a tener una evolución similar al de la influenza – la gripe. Cada año vamos a tener que darnos una vacuna, que apunta a la variante viral que los científicos esperan que vayamos a tener que confrontar, y a veces le van a acertar y tendremos menos muertes, y a veces se van a equivocar y tendremos más muertes. En el peor de los casos, las variantes van a multiplicarse rápidamente, con las nuevas vacunas y medicamentos siempre corriendo detrás, de manera tal que los rezagos van a causar más víctimas y estragos de los que estamos presenciando ahora.

Entonces, cuando hablo del estado del mundo post-pandemia, me refiero a un mundo no paralizado como lo estuvo en el 2020, y en el que no habrán tantas muertes debido a la variante Covid que predomina en un cierto período de tiempo – porque la gente se vacuna y toma los medicamentos disponibles, y ambos son generalmente los acertados. Por ende, los gobiernos no tendrán que cerrar sus fronteras, los hospitales no estarán colmados, las empresas podrán seguir trabajando, y las escuelas permanecerán abiertas.

Como en el caso de la gripe, los enfermos graves y los fallecidos serán mayormente los no vacunados, los que tienen enfermedades subyacentes, los ancianos, y los inmunodeficientes – un resultado típicamente darwiniano. Y en ese mundo, en el cual muchos países de altos ingresos ya están comenzando a vivir, las economías podrán volver a crecer y desarrollarse, el comercio y turismo florecerán nuevamente, y podremos ir reparando los daños que la pandemia Covid, vendimia 2020-21, les hizo a nuestros negocios, sistemas educativos y hospitalarios, cuentas fiscales, y tejido social.

Ahora bien, la pandemia ha dejado secuelas que necesitarán de atención. Primero, porque se están registrando más y más casos de Covid largo (“long Covid”, como le dicen en inglés), que es la estela de síntomas que deja el coronavirus, en algunos pacientes que se contagiaron. Ella incluye una o más de los siguientes síntomas: tos crónica, falta de aire, cansancio, taquicardia, pérdida de olfato o sabores, insomnio, dificultad para concentrarse, y ansiedad o depresión. Ya existen algunas terapias específicas, pero todavía hay mucho que los médicos y fisioterapeutas no saben.

Segundo, en la gran mayoría de países, la pobreza y las desigualdades han aumentado, y probablemente esas tendencias no se van a revertir por si solas, en unos pocos años de vuelta a una relativa normalidad. Esto pudiera contribuir a mayor polarización social, y a más extremismos políticos. Tercero, los estudiantes han perdido entre uno y casi dos años de escolaridad, dependiendo del país y la región, y pese a los esfuerzos por ayudarlos a recuperarse, probablemente la gran mayoría, especialmente en los países de menores recursos, quedará condenado a un desempeño educacional y laboral futuro inferior al que hubieran tenido en ausencia de la pandemia.

Cuarto, en los mercados laborales, muchos de los nuevos puestos de trabajo creados, particularmente entre las mujeres y los jóvenes, son y serán en microempresas que suelen ser informales, y que por lo general tienen baja productividad y vida corta. Y quinto, en la mayoría de los países, la disminución de la recaudación, y el aumento del gasto público, de los últimos dos años, para proteger a familias y empresas durante lo peor de la pandemia, derivó en déficits fiscales elevados y por ende en un aumento de la deuda pública. Estas emergencias fiscales ahora tienen que revertirse, para evitar potenciales crisis de confianza por parte de inversores nacionales y extranjeros.

En fin, aunque los impactos económicos, sociales y políticos más negativos de la pandemia pudieran estar ya en nuestro espejo retrovisor, lo que yo veo por el parabrisas es un panorama bastante desafiante, especialmente en los países de menos recursos, agravadas por algunas de las consecuencias de la invasión de Ucrania por parte de Rusia.

El mundo post-invasión de Ucrania: Comienzo por poner lo que ha sucedido en los últimos casi tres meses en perspectiva. En el Siglo XIX y hasta 1945, los territorios de muchos estados fueron objeto de conquistas, y por ende las fronteras nacionales e imperiales se vieron redibujadas con gran frecuencia. Por ejemplo, Polonia fue conquistada y desapareció del mapa de Europa a finales del Siglo XVIII, hasta que fuera reconstituida unos 120 años después, como una de las consecuencias de la Primera Guerra Mundial. Corea fue anexada por Japón en 1910, y solo reapareció como nación luego de la derrota del imperio nipón en la Segunda Guerra Mundial.

En los más de 75 años desde 1945 hasta tres meses atrás, las conquistas territoriales habían pasado a la historia, con la más clara excepción a la regla siendo la invasión de Kuwait que protagonizó Saddam Hussein en agosto de 1990, y que duró apenas seis meses. Dicha invasión fue condenada por el Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, el cual impuso sanciones a Irak que inclusive países como Rusia y China acataron, y fue ese Consejo que autorizó la liberación de Kuwait por parte de una coalición de más de treinta naciones lideradas por los Estados Unidos.

Aunque ha corrido demasiada sangre desde 1945 en todas partes del mundo, los conflictos han sido casi siempre ya sea del tipo independentista (por ejemplo, en Argelia y Mozambique) o del tipo guerra civil, como en Corea entre el sur y el norte, en Ruanda por el conflicto entre Hutus y Tutsis, y en Siria entre los que apoyan, y los que quieren derrocar, al presidente Bashar al-Assad. En América Latina, tuvimos movimientos armados tipo guerrilla urbana o rural, y también la guerra civil entre sandinistas y sus opositores en Nicaragua, pero ninguno de estos conflictos armados tuvo objetivos territoriales a costa de países vecinos. En general, aunque algunos nombres han cambiado (por ejemplo, Rodesia ahora se llama Zimbabue), las fronteras nacionales de un mapa de hoy se asemejan mucho con un mapa de hace 75 años.

Por ende, una primera razón por la cual la invasión de Ucrania debiera preocuparnos a todos, es porque la agresión rusa ha puesto en duda uno de los cimientos fundamentales del derecho internacional: la integridad territorial de los estados. Los visionarios que desarrollaron la norma contra la conquista territorial reconocieron que la mayoría de los conflictos se habían librado por causas que involucraron el dominio sobre tierras, recursos, y poblaciones. Fue por eso por lo que la Carta de las Naciones Unidas explicita que “Los Miembros de la Organización ... se abstendrán de recurrir a la amenaza o al uso de la fuerza contra la integridad territorial o la independencia política de cualquier Estado”. Y muchos de los preexistentes y nuevos estados se dieron cuenta de la importancia clave de esta norma, y adoptaron compromisos similares en los

documentos fundacionales de organizaciones tales como la Liga Árabe, la Organización para la Unidad Africana, y la OEA.

Sin embargo, hace años que Vladimir Putin viene negando que Ucrania sea un estado propio, y el 21 de febrero pasado inclusive argumentó que la Ucrania de hoy es una creación de Rusia, dando a entender que el destino de ese territorio está legítimamente en las manos de Moscú. Y eso que, en 1994, Rusia había firmado, juntamente con los Estados Unidos y el Reino Unido, el llamado Memorándum de Budapest que ofreció garantías de seguridad territorial a Ucrania a cambio de entregarle a Rusia todas sus armas nucleares. Y eso que, en 1997, Rusia y Ucrania firmaron un Tratado de Amistad donde las partes declararon, entre otras cosas, “el respeto mutuo, la igualdad soberana, la integridad territorial, la inviolabilidad de las fronteras, la solución pacífica de las controversias, la no utilización de la fuerza, ni la amenaza de la utilización de la fuerza”.

En febrero Rusia inicialmente intentó decapitar y conquistar a toda Ucrania, pero frustrada en varios campos de batalla, ahora parece que se conformaría con controlar la costa sur y el sureste del país. Por supuesto, Putin ya había atropellado a Georgia en 2008, cuando su ejército incursionó en la región de Osetia del Sur, y en el territorio de Abjasia, y también en Ucrania ya en 2014, luego de la secesión de Crimea y Sebastopol – que fuera declarada inválida por las Naciones Unidas – y la de los territorios de Donetsk y Lugansk.

Pero hay más razones por las cuales la invasión de Ucrania debiera preocuparnos a todos. La segunda es la manera cómo Rusia ha tratado de subyugar a Ucrania, atacando deliberada y masivamente a la población civil, y cometiendo un sinnúmero de crímenes de guerra en el proceso. En vez de localizar y enfrentar “mano-a-mano” a los destacamentos del ejército ucraniano, las unidades rusas han arrasado pueblos y suburbios indefensos para instalar su artillería y así poder bombardear día y noche a las ciudades de Ucrania – especialmente a los edificios residenciales y comerciales, así como las escuelas y los hospitales, incluso con municiones prohibidas como las de racimo. Para dar solo un dato, el martes de esta semana (17 de mayo) la Organización Mundial de la Salud anunció que había verificado más de 225 ataques a hospitales, clínicas y ambulancias de Ucrania. En fin, lo que estamos presenciando es una repetición de la cobarde, inmoral, e ilegal manera en la cual las fuerzas armadas de Rusia operaron en las campañas en Chechenia en 1994-96, en Georgia en 2008, y en Siria desde el 2015, adonde pulverizaron la antiquísima ciudad de Aleppo.

La tercera razón para preocuparnos es que todos sabemos de las intenciones que China tiene con respecto a Taiwán. La China Comunista siempre ha reclamado la isla de Taiwán, y la considera parte de sí mismo. Si no fuera por el apoyo que Taiwán recibió de

los Estados Unidos en 1950, cuando el presidente Truman ordenó a su 7ª Flota patrullar el estrecho de Taiwán, para desalentar una invasión de la isla por parte de la China – una decisión que tomó luego de que Mao Zedong apoyara la invasión de Corea del Sur por parte de Corea del Norte – seguramente esa reunificación forzada ya hubiera tenido lugar en aquella época.

Si Putin hubiera logrado conquistar a Ucrania en pocos días, probablemente el presidente Biden y sus aliados más interesados en “pararle el carro” a la China, hubieran tenido que demostrarle de inmediato a Xi Jinping que Taiwán no estaba “en liquidación”. Por ende, pienso que hay que entender que el gran apoyo político, económico, y material a Ucrania dado por países como los Estados Unidos, Gran Bretaña, Japón, Australia, y Corea, que tienen intereses estratégicos en Asia, ha servido para “matar dos pájaros de un tiro”. Y por las dudas, Taiwán se ha encargado de recordarle en privado a las grandes empresas y gobiernos del mundo que ellos son indispensables, por ser de lejos los fabricantes más importantes de semiconductores. En particular, la *Taiwan Semiconductor Manufacturing Company*, una sociedad anónima fundada por un Taiwanés-norteamericano, controlada por inversores extranjeros, es la que desarrolló y posee la tecnología para fabricar más del 90% de los semiconductores más sofisticados del mundo.

La cuarta razón para preocuparnos por la invasión de Ucrania son sus consecuencias económicas internacionales. Este año igual iba a ser uno de difícil transición. En los últimos dos años, los gobiernos y los bancos centrales de los países de todo el mundo se vieron forzados a colaborar estrechamente para hacer frente a los efectos económicos de la pandemia. Ellos apretaron a fondo sus aceleradores fiscales y monetarios, para ponerle un piso a las caídas de producción e ingresos en 2020, y luego para facilitar el rebote económico del año pasado.

Los países con ingresos altos y excelentes calificaciones crediticias, emitieron mucha moneda nacional y también mucha deuda pública, por el equivalente de entre 8 y 15 puntos porcentuales de su PBI, para cubrir la merma de sus ingresos tributarios y bancar los gastos extraordinarios para apoyar familias, empresas, y sistemas de salud. En los países de ingresos medios a bajos, y calificaciones crediticias mediocres o peores, el endeudamiento fiscal adicional fue menor que cinco, o inclusive menor de tres, puntos porcentuales de su PBI, de manera que ellos pudieron proveer mucho menos apoyo.

Pero con el beneficio del pasaje del tiempo, ahora podemos decir que los impulsos fiscales y monetarios en países como Australia, Canadá, Estados Unidos, Europa y Japón fueron exagerados. Estimularon demás el consumo, la inversión, y la demanda de activos financieros y bienes raíces, cuando las cadenas de producción y las redes de

transporte – es decir, la oferta de bienes y servicios – todavía no se habían normalizado. Por ende, la inflación se disparó fuera de control en todos ellos, y se desbordó también en la mayor parte del resto del mundo.

La invasión de Ucrania y las sanciones sobre Rusia les han echado más nafta a las llamas inflacionarias, dado el importante papel de Rusia en la exportación mundial de petróleo, gas y fertilizantes, y el de ambos países en la exportación mundial de cereales. Las interrupciones de suministros, la repentina escasez, y los aumentos de precios así provocados han creado inseguridad alimentaria y energética, especialmente en los países clientes de Ucrania y Rusia que se concentran en África y el Medio Oriente. Muchos de esos gobiernos, y también otros en Asia y América Latina, se han vistos presionados a reducir aranceles o impuestos a las ventas o el valor agregado, o a aumentar sus subsidios a los precios de los alimentos y combustibles, dando cierta marcha atrás en la deseada normalización de sus resultados fiscales. Además, en muchos países fuera del grupo G-7, los bancos centrales han tenido que restringir sus políticas monetarias aún más de lo inicialmente contemplado para ayudar a desacelerar la inflación futura.

El problema es que tal restricción monetaria todavía no ha tenido lugar en los principales bancos centrales del mundo, que son los que pueden y deberían desacelerar la inflación global. Por ejemplo, en Estados Unidos, la Reserva Federal se quedó dormida al volante con el pie en el acelerador: su tasa objetivo ha sido aumentada recientemente de cero a 1% cuando la inflación anual se aceleró de menos de 3% a más de 8%, de manera que deflactada por la inflación transcurrida y probable, hoy su tasa objetivo es más negativa que lo era hace un año.

En Europa ha pasado lo mismo, con el Banco Central Europeo manteniendo su tasa objetivo en cero mientras que la inflación se ha acelerado de menos de 2% a más de 7%, de manera que hoy esa tasa también es más negativa que hace un año. Y lo mismo se puede decir respecto al Banco de Inglaterra, el Banco de Reserva de Australia, y el Banco de Canadá.

Suponiendo que el conflicto bélico continúa por muchos meses o incluso años más, porque entra en una fase tipo “baño María” – porque Ucrania no logra expulsar a Rusia de todo su territorio – el impacto económico a mediano plazo de ese conflicto en América Latina va a ser mixto. Tenemos una serie de países en América del Sur que exportan muchos de los mismos productos que Rusia y Ucrania, como cereales, oleaginosas, acero, hierro, petróleo y gas. Esos precios ya han aumentado pero los niveles de producción podrían bien aumentar a partir del año que viene. Por ejemplo, aparte de plantar más girasol, el cultivo de soja puede generar ganancias importantes

en los países del Cono Sur, porque su producción es más barata, y productos como el aceite de soja podrían ganar espacio ante la escasez mundial del aceite de girasol. Por otra parte, en América Central y el Caribe, tenemos mayormente países que importan estas materias primas, de manera que ellos ya están perjudicados, y tampoco tienen perspectivas comerciales favorables para el año que viene.

Termino aquí entonces reiterando mis principales conclusiones. Con respecto a la pandemia, ella no terminó y sigue en constante evolución, con países en diversas etapas, pero no debíamos esperar el tipo de paralizaciones y aislamientos que vivimos en el 2020. La variante ómicron es muy contagiosa y todas las variantes están dejando diversas secuelas que necesitan de nuestra atención – y claro, son los países de menos recursos que confrontarán lo escenarios más desafiantes.

Con respecto a la invasión de Ucrania, aunque ha habido mayores tragedias humanitarias en conflictos previos, éste es trascendental, porque involucra un muy inusual intento de conquista territorial, en flagrante violación de todos los compromisos rusos; porque demuestra que Rusia no tiene vergüenza de comportarse de manera atroz aún ante las cámaras del mundo; porque tiene implicancias para un posible conflicto en Asia a raíz de las ambiciones territoriales de la China; y porque está teniendo repercusiones económicas que nos afectan prácticamente a todos.

Muchas gracias.